

Capítulo 6

EL ARCHIVO FAMILIAR DE UN INMIGRANTE ESPAÑOL (1905-1920): EL BAÚL DE TÍA TONA

Mercedes Blanco Sánchez
CIESAS-CdMx

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Campos de Castilla (1912)
“Proverbios y Cantares”
Antonio Machado

Introducción: El giro archivístico

Para comenzar, me parece necesario dejar claro que en el presente capítulo el telón de fondo lo constituye el uso de diferentes tipos de archivos; esta característica se enmarca dentro del llamado “giro archivístico” (*archival turn*) y con el sustento de que, por ejemplo, en los países de habla inglesa “en años recientes los archivos han emergido como un objeto de interés en una gama de contextos disciplinarios [...] y son sujetos de un intenso escrutinio académico”.¹ Sin pretender caer en un panorama maniqueo o binario –si acaso sólo con fines expositivos– en mi carácter de investigadora en ciencias sociales me ubico dentro del encuadre del giro archivístico, e incluso más específicamente, puedo decir que en este texto sigo, sobre todo, los aportes de ciertas profesoras-investigadoras inglesas que desde hace algunos años se han dado a la tarea de generar un proyecto amplio e interdisciplinario que ha producido una buena cantidad de artículos y capítulos, y ha culminado en la publicación de un libro titulado *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*.² En el caso específico de las cuatro coautoras, aunque ninguna cursó formalmente estudios dentro de la disciplina histórica más canónica, sino en el campo de las ciencias sociales, con posgrados diversos, no sólo algunas manejan y retoman la obra de conocidos/as historiadores/as, sino que además tienen todas en común, entre otros elementos, su interés por la temporalidad,³ por el uso de los llamados

1 Paul Basu y Ferdinand de Jong, “Utopian archives, decolonial affordances. Introduction to special issue”, *Social Anthropology-Anthropologie Sociale*, núm. 24 (2016): 5-6.

2 Niamh Moore, Andrea Salter et al., *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences* (London-New York: Routledge, 2017).

3 Andrea Salter, “Reading time backwards? Archival research and temporal order”, en *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*, coord. por Andrea Salter et al. (London-New York: Routledge, 2017), 99-125. María Tamboukou, *Gendering the Memory or Work. Womens’ Workers Narratives* (New York: Routledge, 2016).

“documentos de vida”,⁴ tales como diarios,⁵ cartas⁶ e historias de vida.⁷ Estas autoras han abordado todo lo anterior haciendo uso de archivos tanto de grandes organizaciones internacionalmente conocidas (por ejemplo, archivos que se encuentran en universidades e instituciones de los Estados Unidos, en ciudades como Nueva York y Austin, Texas; acervos localizados en Europa, entre otros en Londres y París; y también colecciones en otros continentes como algunas de África) como de pequeños archivos comunitarios, familiares y personales.

En una primera aproximación, para estas investigadoras británicas el giro archivístico hace referencia al “gran incremento que se ha dado en el interés por los archivos, la memoria y las huellas del pasado, y que ha ocurrido tanto entre públicos populares como académicos en las últimas décadas”.⁸ Aunque ciertamente la reivindicación general que se hace va en el sentido de que “todo mundo” y, por supuesto, todo tipo de investigadores/as que así lo deseen, pueda utilizar los archivos que durante décadas fueron un coto de caza prácticamente exclusivo de los historiadores/as “con credenciales”, esto no quiere decir que estas cuatro académicas (y un creciente número de jóvenes investigadores/as) estén a favor de que cada persona revise y trabaje cualquier archivo de manera

4 Al estilo de Ken Plummer, *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista* (España: Editorial Siglo XXI, 1989); y Ken Plummer, *Documents of Life 2. An Invitation to a Critical Humanism* (London: Sage Publications, 2001).

5 Andrea Salter, “Filling the silences? Mass-Observation’s wartime diaries, interpretive work and indexicality”, *Life Writing*, núm. 7 (2010): 53-65.

6 Liz Stanley, “The epistolarium: on theorizing letters and correspondences”, *Auto-Biography*, núm. 12 (2004): 201-235. Liz Stanley, Andrea Salter y Helen Dampier, “The epistolary pact, letterness and the Schreiner epistolarium”, *av: Auto/Biography Studies*, núm. 2 (2012): 262-293. María Tamboukou, “Rethinking the private hypothesis: epistolary topographies in Carrington’s letters”, *Emotion, Space and Society*, núm. 4. 1 (2011): 25-34.

7 María Tamboukou, “Narratives from within: an Arendtian approach to life-histories and the writing of history”, *Journal of Educational Administration and History*, núm. 42 (2010): 115-131. María Tamboukou, “Archival research: unravelling space/time/matter entanglements and fragments”, *Qualitative Research*, núm. 5 (2014): 617-633.

8 Moore y Salter, *The Archive Project*, 9.

descuidada o caótica; todo lo contrario, respetando la variedad de enfoques y aproximaciones teórico-metodológicas precisamente las coautoras del citado libro están muy interesadas en las cuestiones de métodos y prácticas específicas pero diversas. Las propias autoras reconocen que hay un enfoque canónico que aún tiende a dominar, por ello es necesario hacer el señalamiento de que no se busca desechar la acumulación del conocimiento que se ha dado durante siglos, por lo que toca a la concepción de archivos y su manejo, sino de tener una mayor apertura que no haga inviable su acceso a todos aquellos que no son historiadores de profesión y que tampoco rigidece o limite las maneras en que un archivo puede ser consultado y sus documentos interpretados. Bajo esta óptica, para Moore, Salter, Stanley y Tamboukou:

Un archivo es un almacenamiento de algún tipo; y mientras que para algunas personas esto es visto de una manera formal como ‘archivos del estado-nación’, de hecho, al mismo tiempo puede ser un edificio, una caja de cartón, un álbum de fotografías, un sitio de internet [...]; contiene documentos que pueden tomar la forma de textos escritos, fotografías, grabaciones de audio, tarjetas postales, registros médicos, materiales impresos, objetos materiales...y no solo registros oficiales ni tampoco necesariamente cosas en papel.⁹

También existe una importante vertiente norteamericana del giro archivístico, por ello me parece indispensable mencionar, por lo menos, a la doctora Ann Laura Stoler¹⁰ que, partiendo de otro puerto, el de los estudios poscoloniales, coincide en los elementos básicos en los que se sustenta esta óptica:

9 Moore y Salter, *The Archive Project*, 1.

10 Ann Laura Stoler, “Colonial Archives and the Arts of Governance”, *Archival Science*, núm. 2 (2002): 87-109. Ann Laura Stoler, *Along the archival grain; Epistemic anxieties and colonial common sense* (Princeton-Oxford: Princeton University Press, 2009). Ann Laura Stoler, *Duress. Imperial Durabilities In Our Times* (Durham-London: Duke University Press, 2016).

[...] los/las investigadores/as deberían considerar a los archivos no como lugares de recuperación del conocimiento sino de producción de conocimiento, como monumentos de los Estados así como sitios de etnografía estatal. Esto requiere un compromiso continuo con los archivos como agentes culturales de producción de “hechos”, de taxonomías en proceso de elaboración y de autoridad estatal. Aquello que constituye un archivo, la forma que adquiere y cuáles sistemas epistemológicos y de clasificación son utilizados apuntan a tiempos específicos (reflejan) y a características fundamentales de políticas coloniales y del poder del Estado.¹¹

Como ejemplo de otro tipo de profesionales que, en términos generales, podemos ubicar en una posición tradicional, se encuentran los/las conocidos/as como “archiveros/as”; a manera de botón de muestra tenemos a la historiadora –y, sobre todo, reconocida “archivera” por 30 años en el Archivo General de Indias que se encuentra en Sevilla– Antonia Heredia,¹² que ejerce una defensa a ultranza de ideas como aquellas que conciben la existencia incuestionable de la objetividad y de leyes universales y, por lo tanto, en concordancia piensa prácticamente en una sola manera de definir aquello que podemos llamar documentos y archivos:

El documento, objeto de la archivística, no es cualquier documento. En efecto, “documento”, sin más, que no es sino un soporte sobre el que se registra una información, puede ser desde una lápida funeraria, una canción, una película, un periódico, etc., pero el documento con el apelativo de “archivo” es testimonio y prueba –ahora se dice evidencia– de acciones, de hechos de la sociedad, necesarios e inexcusables,

11 Stoler, “Colonial Archives”, 87.

12 Antonia Heredia, “La archivística, a debate”, *Anuario de la Escuela de Archivología III 2011-2012*, Boletín ANABAD LXII, núm. 1, enero-marzo de 2012. Antonia Heredia, “Entre la nostalgia de la tradición y el mito de la modernidad”, *Legajos*, núm. 3 (2014): 147-160, <http://www.archivos.gob.mx/Legajos/pdf/Legajos03/08Nostalgia.pdf>

como consecuencia de competencias y funciones atribuidas a instituciones, familias o personas. [...] El Archivo como institución es el lugar de custodia y tratamiento habitual y adecuado para esos documentos de archivo. Pero no siempre se acierta cuando llamamos Archivo a algo que no lo es.¹³

El principio epistemológico detrás del “giro archivístico” es, básicamente, aquel que cuestiona a los varios tipos de positivismo existentes en el ámbito científico y, entre otros elementos, los nuevos enfoques de manejo de archivos sostienen que la objetividad como tal no existe, por lo que más bien propugnan para que en un proyecto de investigación que utilice archivos de cualquier tipo, lo idóneo sea dar cuenta desde cómo se eligió y se llegó a determinado acervo hasta cuáles repercusiones acarrió lo que desde hace años se conoce como “conocimiento situado”.¹⁴ Este último postulado básico las autoras británicas lo ponen en un lenguaje más llano: “[...] el o la investigador/a viene en diferentes tamaños, formas, colores y con características tales como sexo, raza, edad y clase [...]”;¹⁵ factores que resultan de indispensable consideración por cuanto sí tienen incidencia desde la percepción que cada persona puede hacerse de un archivo hasta en las interpretaciones que se elaborarán en torno a los documentos consultados. Tomando en consideración este tipo de principios, en el quinto y último apartado ofrezco una narrativa personal que aborda precisamente la vía por la cual llegó a mis manos un pequeño archivo familiar.

13 Heredia, “Entre la nostalgia”, 149-150.

14 El muy conocido término “conocimiento situado” fue acuñado por la feminista Donna Haraway y presentado en su texto “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, núm. 3 (1988): 575-599. Con esta propuesta la autora buscaba criticar aquellos supuestos epistemológicos que sustentaban la posibilidad de la existencia no sólo de un único tipo de conocimiento sino de la observación “objetiva”; en cambio, el “conocimiento situado” hace referencia a lo parcial y lo contextual de la generación del conocimiento y, por lo tanto, afirma la posibilidad de múltiples conocimientos.

15 Moore y Salter, *The Archive Project*, 24.

Archivos familiares

Si bien Ann Laura Stoler trabaja sobre todo con grandes archivos institucionales,¹⁶ me parece indispensable relevar una característica en la cual esta investigadora pone énfasis: “[...] es obvio que los archivos coloniales son productos de máquinas estatales [...]”.¹⁷ Ahondando en ello, señala:

Ya sea que el “archivo” deba ser tratado como un conjunto de reglas discursivas, un proyecto utópico, un almacén de documentos, un corpus de declaraciones, o todo junto, ésa no es realmente la cuestión. Los archivos coloniales fueron tanto sitios de lo imaginario como instituciones que fabricaron historias conforme ocultaban, revelaban y reproducían el poder del estado. Poder y control, como muchos/as académicos/as han señalado, son fundamentales en la etimología del término. Del latín *archivum*, “residencia del magistrado”, y del griego *arkhe*, mandar o gobernar, los archivos coloniales ordenaban (tanto en un sentido imperativo como taxonómico) los criterios de evidencia, prueba, testimonio y testificación para construir narraciones morales.¹⁸

Por su parte, aunque las autoras británicas lo plantean un poco de otra manera, puede apreciarse que fundamentalmente comparten con Stoler una misma plataforma básica: “Los archivos y las colecciones no son inocentes sino que están marcados por selecciones, oclusiones, exclusiones, parcialidades, fragmentaciones”.¹⁹ Esta afirmación es válida para todo tipo de archivos, no sólo los

16 En gran medida se trata de una variedad de archivos relacionados con Holanda, cuando ésta tuvo colonias en varios lugares del mundo, entre los siglos xvii y xx; por ejemplo, la Compañía Neerlandesa/Holandesa de la Indias Orientales, véase en: Stoler, *Along the archival*.

17 Stoler, “Colonial Archives”, 98.

18 Stoler, “Colonial Archives”, 97.

19 Moore y Salter, *The Archive Project*, 24.

considerados como personales y familiares, que tal vez en muchos casos por sus características podrían pensarse como relativamente pequeños e incompletos, sobre todo comparados con aquellos contenidos por grandes instituciones. En síntesis, y como es de sobra conocido, aunque a veces aún no aceptado del todo por algunos/as investigadores/as, “los documentos, cualquiera que sea su tipo o clase, y ya sean escritos, orales o visuales, no ‘hablan por sí mismos’ sino que fueron producidos deliberadamente y desde un punto de vista o posición particular”.²⁰

Pasando al caso de México, no es el objetivo de este capítulo hacer una reseña de la existencia en el país de archivos personales y familiares, tarea que ameritaría un texto aparte, ya que seguramente habría que entrar al intercambio de diferentes puntos de vista sobre su caracterización, así como sobre la forma en que pueden ser clasificados o catalogados; tal vez, también sería ideal ofrecer un inventario, aunque fuera parcial, de este tipo de archivos. Lo que sí puede decirse es que usualmente aquellas bibliotecas, fundaciones o asociaciones que albergan archivos familiares o personales en México, en su mayoría contienen materiales que han registrado las actividades de hombres –más que de mujeres– que de alguna manera destacaron (muchos claramente conocidos); así como también es muy posible que se encuentren más referencias a algún aspecto particular, por ejemplo, de la iglesia, de la milicia o de la banca, entre otros, y que durante años se consideraron como archivos privados por estar en manos de alguna persona perteneciente a dichas instituciones sociales.

En México se han hecho pocos pero muy loables esfuerzos que han buscado recabar escritos personales y familiares de “gente común” en torno a situaciones ubicadas en los siglos XIX y XX; éste es el caso, por ejemplo, de una serie de materiales (sobre todo, documentos de diversos tipos y fotografías) que fueron presentados por hombres y mujeres que así manifestaron su interés por participar en

20 Liz Stanley, “Archival methodology inside the black box. Noise in the archive”, en *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*, coord. Andrea Salter et al. (London-New York: Routledge, 2017), 54.

convocatorias como la lanzada en 1992 por la Dirección de Estudios Históricos (DEH) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y que fue conocida como “Papeles de Familia”.²¹ De este concurso derivó un interesante proyecto que culminó con la puesta a disposición del público en general, por medio de una página web, de los documentos e imágenes que los participantes de la citada convocatoria hicieron llegar al INAH. Como lo señala el coordinador del proyecto, el doctor Cuauhtémoc Velasco: “Se trata de rescatar esas fuentes para la historia de México que no están en los archivos públicos, pues ese tipo de documentos no son institucionales y sólo excepcionalmente llegan a los archivos que se ponen a disposición del público”.²²

Algunos años después, con motivo del llamado “Bicentenario de la Independencia de México”, que también incluyó el centenario del inicio de la revolución armada de 1910, el gobierno federal en turno creó una comisión que lanzó una serie de iniciativas (algunas motivo de fuertes polémicas) para llevar a cabo eventos culturales y deportivos, así como espectáculos de diversos tipos para conmemorar y festejar ambas efemérides. Por supuesto, las publicaciones no podían estar ausentes así que se elaboraron una variedad de textos con muy diferentes características. Sin embargo, pocas iniciativas hubo para retomar la tónica de la ya citada convocatoria de 1992 de la DEH del INAH, es decir, fomentar la inclusión de toda la ciudadanía y no exclusivamente la de académicos especializados en la historia de México. Afortunadamente, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y nuevamente el INAH pusieron en práctica un atractivo proyecto: “Nació así la idea de convocar a un concurso en el que participaran las per-

21 Delia Salazar Anaya y Juan Matamala Vivanco, *Guía del Acervo Histórico de testimonios familiares* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1994).

22 La Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y su coordinador Cuauhtémoc Velasco Ávila han contribuido a la conservación de documentos familiares, véase en: “Papeles de familia”, Papeles de familia, consultado en diciembre de 2011, <http://papelesdefamilia.mx/node/6>

sonas que conservaran ‘documentos’ de la cultura escrita, visual y material relacionados con la Independencia y la Revolución”.²³

Los documentos que nutren la *Colección Independencia y Revolución en la Memoria Ciudadana* CIESAS-INAH, provienen de archivos privados. Ésta es una característica que se debe subrayar. La riqueza de los archivos privados reside en que dan cuenta de la vida íntima y cotidiana, elementos básicos para elaborar la historia social de tiempos ya idos. Los documentos que el interés familiar o personal protegió del paso del tiempo son fuentes que complementan, o en algunos casos contradicen (y de ahí su valor adicional), las versiones que contienen los documentos oficiales que sobreviven en archivos públicos. Lo que conservan los acervos privados ilustra, desde la cultura escrita, material y visual, cómo se ha construido y resguardado la memoria ciudadana en lo familiar y en lo individual.²⁴

Una vez que se ha ratificado la importancia de los archivos familiares y personales a nivel nacional e internacional, y ahora volviendo a las coautoras inglesas, en esta oportunidad retomaré un solo aspecto que Liz Stanley refiere con la conocida expresión “caja negra” para aplicarla a la investigación de archivo, es decir, se basa en la idea de la existencia de algún tipo de artefacto que contiene mecanismos e información que usualmente no son conocidos por la mayoría de la gente.²⁵ Se trata, entonces, de sacar a la luz no sólo las elecciones que el/la propio/a investigador/a va haciendo, incluso desde el planteamiento de un proyecto, sino de dar cuenta tanto de una serie de actividades que necesariamente se tienen que llevar a cabo –incluyen acciones obvias como revisar, leer y organizar– como de otras menos evidentes. Entre estas últimas la autora

23 Alma Dorantes, Ma. Teresa Fernández *et al.*, *Guía de la Colección Independencia y Revolución en la Memoria Ciudadana* (México: CIESAS-INAH, 2011), 7-8.

24 Dorantes y Fernández, *Guía de la Colección*, 13.

25 Stanley, “Archival methodology inside”, 36.

considera desde poner pequeñas notas o apuntes en la bibliografía consultada, ir asentando ideas que pueden surgir en cualquier momento o llevar un “diario de campo”, pasando ahora ya inevitablemente por la creación de bases de datos propias, por más simples que puedan ser, en formatos computacionales –y ni que decir de las también actualmente casi obligadas búsquedas de información vía internet–, y hasta redactar y reescribir cualquier tipo de texto que el/la investigador/a quiera producir. En síntesis, se puede decir que de alguna manera “toda investigación de archivo implica la creación de un archivo del otro archivo; cualquiera que sea la escala y el contenido del meta-archivo de el/la investigador/a”.²⁶ Finalmente, la autora afirma que “por supuesto, hay diferentes maneras en que la caja negra de la investigación de archivo puede ser abierta”.²⁷

Suele ser mucho más frecuente, sobre todo en el medio académico, el que los/as investigadores/as busquen deliberadamente la consulta de determinados archivos dependiendo, básicamente, de un proyecto de investigación. Sin embargo, cuando María Tamboukou se pregunta ¿dónde empieza el trabajo de archivo?, siendo consecuente con la tónica del citado libro que contiene su capítulo, no puede más que responder que “hay múltiples comienzos”.²⁸ El caso que referiré en el apartado dedicado a una narrativa personal representa una manera, por supuesto entre otras, de abrir la “caja negra”: he elaborado dicha narrativa personal pues da cuenta de cómo llegó a mis manos un baúl de mediano tamaño lleno de documentos de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. En relación directa con la búsqueda y consulta de documentos, me adscribo a la siguiente afirmación: “la investigación de archivos es ciertamente un proceso que implica encontrar fragmentos y trabajar con discontinuidades. Es aquí donde la narrativa se convierte en

26 Stanley, “Archival methodology inside”, 39.

27 Stanley, “Archival methodology inside”, 38.

28 María Tamboukou, “Archival rhythms. Narrativity in the archive”, en *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*, coord. Andrea Salter et al. (London-New York: Routledge, 2017), 72.

una manera de ensamblar piezas dispares y algunas veces desconectadas y fragmentos en un diseño que tiene un sentido”.²⁹

Un inmigrante español llega a México al inicio del siglo xx

Como acabo de referir, retomo la sugerencia de Liz Stanley³⁰ y como una manera de dar cuenta del contenido de la “caja negra”, en este caso, reitero, lo hago por medio de la narración que aparece más adelante sobre cómo es que un conjunto de documentos llegó a mis manos y, en este momento, sólo quiero relevar que, desde mi óptica, yo he ido convirtiendo un cúmulo de materiales en un archivo familiar; es decir, los diferentes tipos de documentos escritos, las fotografías y las tarjetas postales que encontré en baúl al que hago referencia en la narrativa personal, bajo mi percepción sin orden alguno puesto que todos los materiales estaban juntos sin ninguna lógica de organización aparente o de la cual yo me pudiera percatar, me llevaron, por una parte, a realizar acciones básicas e indispensables como las de ordenar y clasificar. Por otra parte, este inesperado regalo de una de mis tías paternas hizo posible que yo planteara, en mi institución de adscripción, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-CDMX), un proyecto que lleva por título “Archivos familiares e investigación narrativa”. El tema más general, que en realidad funciona como todo un marco contextual, es el de la emigración española a México a principios del siglo xx. Como señalan algunas de las expertas que han estudiado a profundidad este fenómeno, “sin duda, de todos los grupos nacionales que emigraron a México en los siglos XIX y XX, el de los españoles es sobre el que más se ha escrito, el más estudiado en décadas recientes y el que mejor se conoce”,³¹ dicho interés

29 Tamboukou, “Archival rhythms”, 86.

30 Stanley, “Archival methodology inside”, 36.

31 Clara Lida, “Los españoles en el México independiente: 1821-1950. Un estado de la cuestión”, *Historia Mexicana*, núm. 2 (2006): 613.

se ha centrado, en una muy considerable proporción, en las décadas de 1930 y 1940 debido a la llegada a México de los refugiados de la Guerra Civil Española. Es por ello que en el caso de mi proyecto el foco está puesto en otro momento histórico, también ubicado en el siglo xx pero al comienzo de éste, cuando se presentó una emigración de carácter económico que también trajo importantes contingentes de población española a México, pero que ciertamente ha sido menos investigada; menos aún la emigración particularmente de gente de La Rioja.³² Más específicamente, y siguiendo, entre otras, a la historiadora Alicia Gil Lázaro,³³ en el proyecto se busca dar cuenta de las maneras en que los inmigrantes españoles del periodo considerado afrontaron un contexto histórico sumamente complejo en el México de principios del siglo xx, es decir, la revolución armada de 1910, y en tal escenario buscaron de diversas formas no sólo sobrevivir sino proporcionar a sus familias ciertas condiciones socioeconómicas que precisamente en su país natal, España, no habían logrado, motivo justamente de su migración a algunos países del continente americano tales como Argentina, Cuba y México.

Así, mi abuelo paterno migró de España a México en 1905 básicamente por razones económicas. Don Bonifacio Blanco Moreno nació en 1866 en un pequeño caserío de La Rioja, España, llamado Buzarra, en el cual se calcula que no había más de 10 casas, pero vivió toda su infancia en otro caserío cercano (a unos 15 km), de tamaño similar, denominado Antoñanzas. Todo parece indicar que en algún momento de su adolescencia o primera juventud se trasladó a uno de los pueblos más grandes de la región, Arnedillo (a unos 4 o 5 km de Antoñanzas);³⁴ de hecho, es aquí donde todavía

32 Pedro Gurría y Mercedes Lázaro, *Tener un tío en América. La emigración riojana a ultramar 1880-1936* (Logroño, España: Instituto de Estudios Riojanos, 2006).

33 Alicia Gil Lázaro, *Inmigración y retorno. Españoles en la Ciudad de México, 1900-1936* (Madrid: Universidad de Alcalá-Marcial Pons, 2015).

34 María Latorre Pérez Fernández Blanco, Comunicación personal con la autora, octubre 15 de 2017. Sra. María Latorre Pérez Fernández Blanco (de casi 90 años, cuya abuela fue pariente de mi abuelo), que todavía vivió en Antoñanzas en su infancia y adolescencia; Arnedillo, La Rioja, España. Unos cuantos kilómetros actualmente nos parecen pocos sobre todo si pensamos en un recorrido en automóvil, pero hay que

viven actualmente parientes relacionados con mi abuelo que conservan el mismo primer apellido.

Volviendo al *corpus* en el que está sustentada mi investigación, además de tener la variedad de materiales que me ha proporcionado el contenido del baúl familiar,³⁵ a la par he ido llevando a cabo otras actividades con el objetivo de ir incrementando la información. Entre ellas está la consulta de un archivo institucional (Archivo Diocesano de Logroño, España) que ofrece básicamente datos sobre nacimientos, defunciones y matrimonios en la región de La Rioja, España. Con un espíritu de antropóloga social (precisamente fue la licenciatura que cursé), he realizado, en diferentes momentos del tiempo, breves periodos de trabajo de campo en esa misma región, obviamente en los sitios referidos en mi narrativa personal; en esas estancias pude grabar algunas entrevistas (sobre todo con los parientes que aún viven en España). Además, con la iniciativa y ayuda de una prima³⁶ hemos ido armando el rompecabezas que representa

recordar que en el siglo XIX no sólo había que hacer ese trayecto, sobre todo a pie, sino que se tenían que atravesar algunos montes y el camino, además de pedregoso, está lleno de zarzas espinosas; tal vez se haría, cuando poco, una hora y media caminando entre Antoñanzas y Arnedillo, si había buen tiempo y la lluvia no entorpecía más la caminata.

- 35 Archivo Familiar Blanco Matas (en adelante AFBM). Por ejemplo, hay cartas sueltas del intercambio de correspondencia que había entre la esposa de Don Bonifacio (mi abuela paterna) y una de sus hermanas mayores que vivía en Madrid. También hay documentos de negocios, ya ubicados en México: desde cartas dirigidas a funcionarios públicos o burócratas de alguna oficina hasta planos que indican, por ejemplo, linderos. Muy pocos documentos oficiales están elaborados y firmados en España: por ejemplo, hay uno de 1899 donde se forma una sociedad entre tres hombres, uno de ellos mi abuelo (en ese entonces de 32 años de edad), para el comercio y venta de carbones minerales, vegetales y leñas con sede en la ciudad de Madrid. Por supuesto hay tarjetas postales que, en un acervo de fines del siglo XIX y, sobre todo, principios del XX, por más pequeño que sea el archivo, no podían faltar; la gran mayoría las envían de España a México. Y, para terminar, las fotografías tampoco podían faltar, por supuesto, la mayoría son de carácter familiar.
- 36 Agradezco mucho el gran apoyo que la Sra. Chonette Taylor (mi prima en segundo grado, que desde hace más de 40 años vive en Inglaterra) para hacer posible una estancia académica de tres meses en el año 2017 durante los cuales, entre otras actividades, consulté el citado archivo de Logroño, visité el caserío deshabitado de Antoñanzas y estuve algunos días en el pueblo de Arnedillo donde llevé a cabo varias entrevistas.

hacer un árbol genealógico para el cual tenemos datos desde muy al inicio del siglo XIX y hasta el momento actual.

A manera de ejemplo, en el Archivo Diocesano de Logroño consulté el “Libro Buzarra / Bautizados / 1860-1908” donde, entre otros varios de apellido Blanco, aparece asentado el nacimiento de mi abuelo:

En el día quince de Maio del año de mil ochocientos sesenta y seis; Digo yo D. José Gonzalez cura propio de Santiago Apostol de Buzarra, de haber bautizado a un niño solemnemente según el Ritual Romano, que según declaracion de sus padres nació el día catorce de dicho mes, a la una de su día, pusele por nombre Bonifacio hijo legitimo de Francisco Blanco natural y vecino de Buzarra y de Vicenta Moreno natural de Antoñanzas y vecina en Buzarra. Abuelos paternos Jorge Blanco difunto y Clara Benito vecinos de Buzarra. Maternos Leoncio Moreno natural de Antoñanzas y María Jesusa Saenz natural de San Vicente de Robres y vecina en Antoñanzas. Fueron sus padrinos Casimiro Barrio y Lorenza Blanco naturales y vecinos de Buzarra, a quien adverti el parentesco y demas obligaciones, y para que conste lo firmo dicho día mes y año. Jose Gonzalez.³⁷

El libro copiator

Aunque ya he hecho somera referencia al tipo de documentos que contuvo el baúl que yo recibí de manos de mi tía, debo aclarar que en esta oportunidad he dado un lugar preponderante a un llamado “libro copiator”. Para mí representa una verdadera joya, en sintonía con los historiadores mexicanos que han estudiado las haciendas de la época del Porfiriato y que los han considerado como fuentes muy

37 Archivo Diocesano de Logroño, “Libro Buzarra/Bautizados/1860-1908”, Nacimiento de Bonifacio Blanco, 1866.

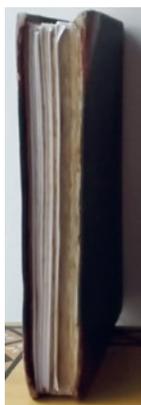
valiosas.³⁸ Muy sintéticamente, y a manera de encuadre, cuando algunos autores hablan de la historia de los libros copiadores pueden remontarse, como antecedente, hasta a los viajes de Cristóbal Colón y sus cartas dirigidas a los denominados Reyes Católicos.³⁹ Dando un salto mortal hasta finales del siglo XIX, la existencia de los libros copiadores remitía a la necesidad de que “las casas de comercio” llevaran un registro de todo tipo de correspondencia que enviaban a diferentes personas o instancias.⁴⁰ Los libros copiadores se conformaban precisamente con las copias de las cartas que, en principio, se suponía eran más bien de tipo comercial o de negocios puesto que el administrador o dueño de una empresa o hacienda (en el caso de la época del Porfiriato en México) escribía y enviaba, por ejemplo, solicitudes y acuses de recibido a proveedores, así como una variedad de misivas dirigidas tanto a familiares como a personas desconocidas con las que hubiera que comunicarse. A comienzos del siglo XX se escribían tales documentos originalmente en hojas sueltas, utilizando en su mayoría una máquina de escribir mecánica (como se les llamó durante décadas), aunque también se elaboraban manualmente. De manera simultánea se hacía una copia usando un papel llamado precisamente “copia” o “calca” (una hoja de papel previamente impregnada con una mezcla de tinta, pigmentos o carbón con cera) que permitía que el mismo texto quedara impreso en hojas muy delgadas (“papel cebolla”), obteniendo así el duplicado que iba a formar parte del libro copiador; el original, obviamente, se enviaba al destinatario. Una vez que se tenían, por ejemplo, 500 hojas de papel cebolla (como en el caso del copiador de mi abuelo), éstas se encuadernaban (ya foliadas) a manera de libro,

38 Entre otros, María Eugenia Ponce Alcocer, “La administración de tres haciendas durante la Revolución”, *Historia y Grafía*, núm. 34 (2010): 77-110.

39 Christophe Colom y Antonio Rumeu de Armas, *Libro copiador de Cristóbal Colón: correspondencia inédita con los Reyes Católicos sobre los viajes a América; estudio histórico-crítico y edición* (Madrid: Testimonio- Ministerio de Cultura, 1989).

40 “Conceptos/Objetos/Acontecimientos-Libros copiadores”, Portal de Archivos Españoles (PARES), consultado en noviembre de 2018, <http://pares.mcu.es/Pares-Busquedas20/catalogo/autoridad/105106>

usualmente con pastas duras.⁴¹ En un mismo negocio, sobre todo si éste era grande, había libros copiadores de diferentes tipos: de cartas (donde muchas veces se incluían opiniones personales, por ejemplo, sobre sucesos varios o asuntos políticos, así como del ámbito de la familia), libros de contabilidad más especializados y también otro tipo de inventarios que registraban bienes (como los había, por ejemplo, en las grandes haciendas de la época del Porfiriato).⁴² Muy probablemente, reitero, la magnitud de la diversificación de instrumentos de registro dependía, en parte, del tamaño del negocio y, como he señalado, dado que la “empresa” de mi abuelo era pequeña –el mencionado ranchito (llamado Cuatro Pilares) a las afueras del pueblo de Tlalpujahua cuyo principal atractivo era ser el sitio donde se encontraban algunas vetas que contenían oro y plata– en el libro copiador que el baúl albergó por muchos años mi abuelo incluyó lo mismo asuntos de negocios que cartas personales.



6.1 Libro copiador de Bonifacio Blanco.

Fuente: Archivo Familiar Blanco Matas
AFBM.

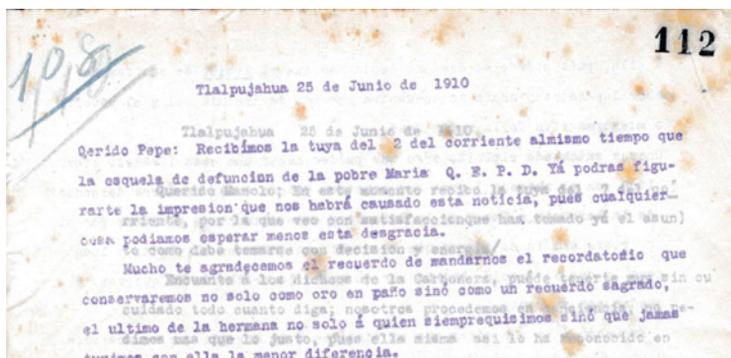


6.2 Etiqueta al interior del libro copiador de

Bonifacio Blanco con información
del fabricante. Fuente: AFBM.

41 María del Carmen Pescador del Hoyo, *El Archivo. Instrumentos de trabajo* (Madrid, España: Ediciones Norma, 1993).

42 Víctor Manuel González Esparza, “Una hacienda zacatecana durante el porfiriato”, *Secuencia*, núm. 5 (1986): 33-61.



6.3 Nota de 1910 en el libro copiador de Bonifacio Blanco. Fuente: AFBM.

Aunque buena parte del libro copiador fue elaborada por Don Bonifacio en Tlalpujahua, la primera hoja (de 500) está fechada el 11 de junio de 1906 en la hacienda de El Saucillo, ahora relativamente cercana a la ciudad de Aguascalientes (aprox. 50 km). Esto es así porque una vez que, como prácticamente todos los emigrantes, mi abuelo hubo llegado al puerto de Veracruz (en abril de 1905), se dirigió a la Ciudad de México esperando, por supuesto, encontrar un buen trabajo, cosa que obviamente no logró; por ello durante algunos meses estuvo en varios sitios de la República Mexicana (entre otros, en Apizaco, Tlaxcala y en Córdoba, Veracruz) ejerciendo algún trabajo temporal y mal pagado, por ejemplo, como “viajante” (ahora se le dice “agente de ventas”). A propósito de las omisiones y falta de información que cualquier archivo implica, no se sabe exactamente cómo es que don Bonifacio llegó a la citada hacienda hidrocálida pero fue, digamos, su primer empleo formal y de más largo plazo, en ese momento en calidad de administrador. Una vez que estuvo asentado en El Saucillo, con un trabajo supuestamente seguro –y después de más de un año de haber llegado a México– a mi abuelo le pareció que ya era posible que su esposa (Rafaela Matas Cerezo) y su primera hija (nacida en 1902 en Madrid) se trasladaran al país en el que él estaba tratando de construir un entorno familiar

en el cual pudieran tener una situación más estable y un mejor nivel de vida del que tuvieron en Madrid muy al inicio del siglo xx.⁴³

La hacienda de El Saucillo constituía un enorme complejo que estaba compuesto por un conjunto de haciendas menores o ranchos: en los primeros años del siglo xx llegó a tener aproximadamente 35,000 hectáreas por lo que se encontraba entre las haciendas más grandes y prósperas de la región.⁴⁴ Si bien queda claro que mi abuelo fungió como administrador, aún persiste en mí la duda de si su puesto cubría el total de la gran hacienda o tal vez sólo era el encargado de supervisar algunas de las propiedades menores; sin embargo, precisamente con base en las cartas que forman parte del libro copiador, hay un buen sustento para pensar que pudo haber sido durante poco más de un año el principal administrador de la hacienda.⁴⁵

[...] todabía estamos viviendo en la casa de Administración ó lo que llaman aqui en la casa grande, pues la casa que nosotros vamos á ocupar le estában haciendo una gran reforma y

43 Desde fines del siglo xix y durante las primeras décadas del siglo xx, muchos autores señalan, por ejemplo, Juan Muñoz, Juan Hierro y Juan Martín, *Involución y autarquía. La economía española entre 1890 y 1914* (Madrid: Editorial Complutense, 2000) que, en términos generales (porque la situación podía variar por regiones), España vivió fuertes crisis sucesivas tanto políticas como económicas que tenían a buena parte de la población en condiciones francamente depauperadas; esta situación general se presentó no sólo en el medio rural sino también en las grandes capitales, como Madrid misma.

44 Jesús Gómez Serrano, *Haciendas y ranchos de Aguascalientes. Estudio regional sobre la tenencia de la tierra y el desarrollo agrícola en el siglo xix* (Aguascalientes, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2012).

45 AFBM. En la transcripción que he hecho de algunos párrafos tomados tanto del “libro copiador” como de ciertas cartas sueltas, en el presente texto he decidido dejar la redacción y la ortografía originales, pues aunque contienen una buena cantidad de lo que hoy consideramos errores gramaticales, resulta bastante sorprendente que un hombre nacido en un medio completamente rural, con muy escasos recursos, seguramente con poca escolaridad, sea capaz no sólo de escribir profusamente a lo largo de su vida sino incluso utilizando, a veces, frases un tanto elaboradas o por lo menos bien redactadas.

todavía no la han concluido [...]...desde que llegaron [se refiere a su esposa y a su pequeña hija], comemos con los amos.⁴⁶

Por más que en los primeros meses la situación de mis abuelos y su única hija, en ese momento, según relata él en una carta que se encuentra en el libro copiador, fue conveniente y agradable, como toda, o casi toda migración, entrañó dolores, ausencias, añoranzas:

Mi queridísimo Manolo: Hoy he recibido la tuya del 17 de Mayo pp. la que me ha proporcionado pena y alegría, pero mas de lo primero, pues veo tu estado de tristeza por la separación de la nena [la referida primera hija de Don Bonifacio y Doña Rafaela, nacida en Madrid], cosa que encuentro muy justificada, y que si fuera posible haría un sacrificio por evitarlo, pero por ahora tenemos que tener paciencia, pero ten la seguridad que si Dios nos dá vida y salud he de hacer todo cuanto pueda, para conseguir reunir unos cuantos miles de duros, y el día que los tenga tomar el camino de vuelta para reunirnos y como tú dices no volvernos á separar hasta que desaparezcamos del número de los vivos, esta es mi unica ambicion, pues aunque ahora soy completamente feliz, no soy egoista y me gusta que tambien lo sean los que se lo merecen como tú.⁴⁷

La última carta fechada en El Saucillo, que don Bonifacio incluyó en el libro copiador, es del 19 de marzo de 1907 (aproximadamente a 15 días de haber nacido en la hacienda su segunda hija, Antonia, precisamente la tía Toña que me heredó el baúl), ahí ya anuncia a la hermana de mi abuela y a su marido que por “unos disgustos” tendrán que dejar la hacienda y su destino es totalmen-

46 AFBM. Carta suelta contenida en el baúl, fechada el 24 de junio de 1906 en la Hacienda El Saucillo, dirigida a la hermana mayor de su esposa (mi abuela paterna).

47 AFBM. Carta con la que inicia el libro copiador, fechada el 1 de junio de 1906 en la Hacienda El Saucillo, dirigida al esposo de una hermana mayor de doña Rafaela Matas Cerezo.

te incierto. Durante poco más de tres años no hay ningún registro de cartas personales o de cualquier otro tema dentro del libro copiador, aunque poco antes de dejar de asentar asuntos en el libro copiador, es evidente que don Bonifacio empezó a buscar algún otro trabajo, ante la inminencia de tener que dejar El Saucillo, pues hay dos cartas (10 y 14 de marzo de 1907) dirigidas a un señor que puso un anuncio en el periódico *El Imparcial*, el cual está buscando un administrador para otra hacienda (no consta ni el nombre del señor en cuestión ni dónde está ubicada esa propiedad).⁴⁸

Por otras fuentes (algunas cartas sueltas y entrevistas que llevé a cabo con las dos hijas mayores de don Bonifacio [mis tías] cuando ya eran mujeres ancianas) sé que el abuelo nunca volvió a ser administrador en ninguna hacienda, y después de poco más de tres años de no registrar nada en su libro copiador (el cual evidentemente se llevó consigo), de repente el 25 de junio de 1910 empieza una serie de cartas fechadas ya en Tlalpujahua, Michoacán. Para 1913 aparece el nombre de Cuatro Pilares, se trata del pequeño rancho que adquirió a las afueras de la población de Tlalpujahua, sitio en el cual vivió, como se ha mencionado, prácticamente hasta su muerte. En esta ocasión no incluiré información adicional para continuar con la trayectoria laboral y familiar de don Bonifacio, puesto que el centro del presente capítulo es la formación de un archivo familiar; como ya lo mencioné, he utilizado otras fuentes para ir completando la historia de vida no sólo de mi abuelo sino, en términos generales, también de mi abuela y la descendencia que ambos crearon.⁴⁹

48 Véase el interesante artículo de Hira de Gortari Rabiela, “El empleo en la Ciudad de México a fines del siglo XIX”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 3 (1985): 37-48. Donde el autor toma como fuente precisamente el periódico *El Imparcial* (elaboró una muestra entre 1898 y 1908) para abordar el tema del empleo; señala que efectivamente este medio impreso era importante para ofrecer y buscar puestos de trabajo, entre otros, en ocupaciones administrativas en las haciendas de toda la República Mexicana.

49 Quiero destacar y agradecer la comunicación (por varias vías) con algunos de mis primos mayores (todos viven en México, pero en diferentes estados de la república), ya que ellos sí convivieron con don Bonifacio (cuando él falleció yo aún no había nacido) y doña Rafaela (a quien sí conocí pero siendo yo muy pequeña) por lo que aún recuerdan actividades y relatos que me han compartido, lo cual, por supuesto, constituye

Entonces, daré aquí por terminadas las referencias al libro copiador diciendo que acaba en la página 500, fechada en Tlalpujahua el primero de mayo de 1920. Ese último documento es un ejemplo de las cartas de negocios que escribía el abuelo, el fragmento que transcribo plantea un problema central que durante años representó un obstáculo –y también un trabajo titánico– para don Bonifacio en cuanto a la explotación y poca productividad de la pequeña mina de su propiedad; la carta está dirigida al Gerente General de la Compañía Minera Dos Estrellas:

Señor de mi mayor consideración: En el mes que ha transcurrido desde que empezó el contrato que me hizo el favor de concederme para entregar mineral en el molino de “La Lucha”, solo he podido entregar 30.393 Kilos; este resultado tan poco alagador es debido a que estando el socavón tan a la superficie, en las vetas de “Los Angeles” y “Tetela”, las mejores leyes que he encontrado son de 150 a 200 gramos de Plata por Tonelada, por lo que me he visto precisado a reducir la explotación.⁵⁰

La mina Dos Estrellas, de capital francés, fue una empresa muy grande y próspera desde finales del siglo XIX hasta bien entrada la revolución de 1910, después poco a poco fue perdiendo su fama y extensa producción.⁵¹ Las pequeñas minas o vetas ubicadas alrededor de las Dos Estrellas, como el rancho de don Bonifacio, surtían a la gran mina de oro y plata, de ahí el sentido de la carta citada previamente. En muchos estudios históricos suele tomarse como sujeto de atención precisamente este tipo de grandes complejos productivos,

otro tipo de información con la cual, a veces, pueden irse llenando los huecos que presenta el libro copiador.

- 50 AFBM. Carta de negocios de Bonifacio Blanco dirigida al gerente de Compañía Minera Dos Estrellas, 1920.
- 51 José Alfredo Salas Uribe, “Espacio minero y patrimonio industrial en México: el mineral de Tlalpujahua [Michoacán]”, *Revista Labor & Engenho*, núm. 4 (2014): 5-16, https://www.researchgate.net/publication/327429697_Espacio_minero_y_patrimonio_industrial_en_Mexico_el_mineral_de_Tlalpujahua_Michoacan

de ahí que resulte interesante dar cuenta también de los pequeños o micronegocios que usualmente surgen como satélites alrededor de las grandes empresas.

Narrativa Personal



6.4 Baúl de la tía Toña. Fuente: AFBM.

Conforme voy sacando de viejas carpetas y envoltorios de periódico todos aquellos documentos, fotos y tarjetas postales, me pregunto si es horrible o maravilloso; de entrada, resulta fascinante. Pero también me causa cierto desasosiego encontrarme con esos papeles que remiten a un montón de gente que ya no existe. Aunque a la mayoría no la conocí, la muerte de cada uno me recuerda mi propia finitud. Todas las personas cuyos recuerdos guardó mi tía Toña en el baúl que heredó de su madre española están “requetemuertas”.

Hace ya bastantes años, una mañana me llamó por teléfono la tía Toña, una de las hermanas mayores de mi padre, y con la cual tuve relativamente poco contacto a lo largo del tiempo. En ese momento ella vivía en la Ciudad de México y quién sabe si presintió su cercana muerte pues aunque no estaba gravemente enferma –más bien sólo padecía los achaques propios de sus 80 años– me dijo lacónicamente: “Como sé que tú eres una persona estudiada y que te interesa la historia, te quiero dejar un baúl que tengo lleno de fotos y cartas antiguas”.

Sí me sorprendió que mi tía me quisiera dejar a mí parte de sus recuerdos y de su memoria, pero no me pareció excesivamente extraño, ya que ella siempre fue soltera y no tuvo hijos, aunque sí tenía varias sobrinas y sobrinos que le eran mucho más cercanos que yo. Algunas de ellas todavía habitan en la vieja casa de Tlalpujahua— donde mi abuelo español vivió la mayor parte de su vida—, un hermoso pueblito ubicado oficialmente en el estado de Michoacán, próximo a la ciudad de Toluca. Ante mi silencio, casi sentí como si la tía me hubiera leído el pensamiento, pues procedió con la siguiente explicación: “Yo sé que cuando muera, si el baúl se queda aquí donde vivo ahora, quien sea que vaya a levantar la casa, seguramente va a tirar todo lo que le parezca viejo e inservible, por eso te lo quiero dejar a ti, porque sé que tú sí lo vas a conservar, así es que si te interesa ven mañana mismo por el baúl”. Y mi tía remató con una breve frase que sonaba más nostálgica que otra cosa: “Ése fue el baúl donde tu abuela trajo parte de sus cosas cuando viajó de Madrid a México en 1906 y me gustaría que, de alguna manera, se conservara”.

La oferta de la tía me pareció magnífica y al día siguiente me presenté en su pequeña casa para llevarme aquel misterioso arcón. Estaba cayéndose a pedazos, tenía humedades y parecía que en la madera había hasta polilla; después, una amiga lo restauró y pasó a formar parte del mobiliario de mi departamento.

Hoy, muchos años después de que mi tía me heredó su baúl de los recuerdos, me he dado a la tarea de revisar con detenimiento todo lo que guardaba. Cuando me lo dio, por supuesto, lo vacié para que pudiera ser reparado; lo que había adentro lo puse en sobres de papel, bolsas de plástico y cajas de cartón. Ante la premura por sacar todo aquello nada más le eché un ojo a fotos, postales y uno que otro papel. Ahora, ya he rotulado algunas cajas —más *ad hoc* para el almacenamiento de legajos antiguos— con palabras como “Archivo Abuelo”. Ahí puse una de las muy pocas fotos de don Bonifacio Blanco Moreno que contenía el baúl. En ella está, digamos, relativamente joven, sentado ante un escritorio de oficina de finales del siglo XIX.

Otra etiqueta es la de “La Rioja/Logroño” porque en esa región nació mi abuelo en 1866; ahí vivió mucha de su parentela y hasta la fecha hay familiares suyos, y míos, aunque esto me causa cierta extrañeza.

Un rótulo más es “Arnedillo”, que hace referencia al pueblo más grande, y también más cercano, a varios caseríos de una zona de La Rioja “baja”, entre los que se encuentran Antoñanzas y Buzarra; en este último nació mi abuelo y en el primero pasó su infancia y tal vez su adolescencia.

Y claro, ocupando un lugar preponderante: “Tlalpujahua”, donde mi abuelo se dedicó por muchos años a la explotación de una pequeña mina que logró hacer de su propiedad en medio de la Revolución de 1910; por cierto, ahí nació mi padre.

De entrada, hubo varios documentos que llamaron poderosamente mi atención. Lo más notorio fue un atado de postales. Después de poco más de cien años éstas se han convertido, aunque sea por el mero paso del tiempo, en verdaderos documentos históricos. La mayoría proviene del primer decenio del siglo xx. Las que abundan eran enviadas desde Madrid, pero también las hay de San Sebastián, de Bilbao, y una que otra de un sitio llamado Zarauz, ubicado en la costa de la Provincia de Guipúzcoa, y a unos 25 km de San Sebastián. A estos lugares iban a pasar vacaciones de playa los parientes de mi abuela paterna –“a tomar baños”, como le escribía en una postal una hermana mayor– mientras ella, muy joven, sobrevivía con su marido y sus primeros hijos en un país asolado por una revolución armada y refundida en el pequeño ranchito michoacano a las orillas de Tlalpujahua, por supuesto, sin contar con las comodidades que tuvo cuando vivió en Madrid durante su infancia y adolescencia.

Quién sabe por qué mi tía Toña conservó una variedad de documentos que tenían que ver con los negocios de su padre. Lo mismo hay contratos de compra-venta, que listados de gastos, así como cartas que dan cuenta de trámites burocráticos ante las autoridades. Claro, muchos de los documentos de negocios tienen que ver, sobre todo, con la explotación de la pequeña mina de Tlalpu-

jahua; por supuesto, no era la inmensa y famosa mina llamada Dos Estrellas. De repente aparece algún escrito de carácter personal que termina abordando también algún tema de dinero, aunque igualmente hay cartas que tratan sólo de asuntos familiares y que le escribía el abuelo a su parentela que vivió siempre en España.

No conocí a mi abuelo español, pero sí recuerdo haber ido de niña varias veces a Tlalpujahua con mi padre. Era como ir a un parque de diversiones, pues todavía existían algunas de las minas tal y como aparecían en las películas gringas de vaqueros, o sea, con una pequeña entrada que daba paso a un socavón que se iba internando en las entrañas de la tierra. Al principio, y a lo largo de algunos metros, había unos rieles por los que transitaba el típico carrito de metal para sacar los tesoros minerales que se extraían a mano. Luego había que caminar por un angosto y muy oscuro túnel, guiados por mi tío Manolo –uno de los hermanos mayores de mi padre– que encabezaba la fila con su casco de minero que proporcionaba una pálida luz que salía de una pequeña flama. No sé si es que aún no había cascos con pilas para producir electricidad o si simplemente mi tío prefería los modelos antiguos.

Qué difícil debió ser para mis abuelos adaptarse a un contexto que les era tan ajeno y, para colmo, al estilo del *México Bárbaro* del periodista John Kenneth Turner, que al referirse a la época previa a la Revolución de 1910 nos dice: “México es un pueblo muerto de hambre; una nación postrada”.

Y los años posrevolucionarios tampoco fueron una perita en dulce. La abuela terminó por irse a vivir a la Ciudad de México, básicamente para que los seis hijos que tuvo pudieran estudiar más allá de la primaria y, también, porque entre Madrid y Tlalpujahua había un enorme abismo.

Es increíble todo lo que le cabe a ese baúl. Buscando con más minuciosidad, seguramente algunos cuentos y leyendas familiares caerán. Por ejemplo, está aquello de que mi abuela, desde que llegó a México, nunca logró volver a España, ni siquiera para visitar a sus parientes. Y me encuentro una especie de programa de 1928 –como si fuera el de algún espectáculo– en el cual se lee:

Compañía Trasatlántica Española;⁵² se trataba del Vapor-Correo “Cristóbal Colón”. Ahí están consignados los nombres de todos los pasajeros, señalando incluso de dónde a dónde viajan... ¡y ahí aparece el nombre de mi abuela!: “Para Veracruz de Santander. Rafaela Matas Cerezo”.⁵³

Una partecita de muchas vidas estuvo guardada durante décadas en el baúl que perteneció, primero, a mi abuela Rafaelita, y luego a la tía Toña. ¿Y ahora qué hago yo con todo esto?



6.5 Don Bonifacio Blanco Moreno (1866-1952) y doña Rafaela Matas Cerezo (1882-1966) foto de boda tomada en un estudio de Madrid, España (ca. 1900).

Fuente: AFBM.54

-
- 52 AFBM. Programa de 1928, Compañía Trasatlántica Española.
- 53 AFBM. Nombres de los pasajeros del Vapor-Correo “Cristóbal Colón”.
- 54 Hacia fines del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, en España lo usual era que las novias de clase media se casaran con un vestido de color negro, ya fuera largo o corto, entre otras cosas (además de que no estaba “de moda”) debido a que la situación económica general no era nada boyante. En internet pueden encontrarse referencias varias a este hecho, aunque básicamente en blogs y textos cortos (entre otros véase <https://www.benditalocuramadrid.com/evolucion-de-los-vestidos-de-novia-en-100-anos/>). En términos europeos se le atribuye a la Reina Victoria de Inglaterra (1840) el haber

Consideraciones finales

“Mirando lo pequeño y lo grande”, así titulé otra narrativa personal que formó parte de un artículo que me fue publicado hace algunos años,⁵⁵ y en la cual doy cuenta de la atención que he puesto tanto en lo “muy pequeño”, traducido al campo de la investigación como lo microsocioal (que la Licenciatura en Antropología Social me fomentó), como en lo “muy grande”, lo macroestructural (uno de los hilos conductores durante todo el doctorado que cursé en Estudios de Población). Después, como un intento –por cierto, muy viable– de combinar ambas dimensiones, y en coautoría con una colega y amiga con una sólida formación estadística, incursionamos en la llamada metodología mixta.⁵⁶ Al inicio de la segunda década del nuevo milenio, mis preferencias académicas se decantaron hacia la faceta narrativa de los enfoques cualitativos y fue así como empecé a darle prioridad a las vertientes denominadas como “autoetnografía” e “investigación narrativa”.⁵⁷ En cada tramo de mi trayectoria

“puesto de moda” el uso del vestido de novia de color blanco, en principio, básicamente entre la nobleza y las clases más pudientes (Zoi Arvanitidou, y María Gasoka, “The Traditional Evolution of Style and Especially of Color of Bridal Dresses in Different Cultures during the Centuries”, *Journal of Educational and Social Research*, núm. 4 (2014): 264-269). La posguerra también fue una época muy difícil en España, por ello en las décadas de 1940 y 1950 todavía la mayoría de las parejas, de prácticamente cualquier clase social, se casaban usando atuendos de color negro e incluso cualquier “ropa de domingo”, fiesta o funeral.

- 55 Mercedes Blanco, “Autobiografía o autoetnografía”, *Desacatos. Revista de Antropología Social*, núm. 38 (2012): 169-178.
- 56 Entre otros, Edith Pacheco y Mercedes Blanco, “En busca de la ‘metodología mixta’ entre un estudio de corte cualitativo y el seguimiento de una cohorte en una encuesta retrospectiva”, *Revista del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano (CEDDU)*, núm. 3 (2002): 485-521. Edith Pacheco y Mercedes Blanco, “Work and Family: An Exercise in Mixed Methodology”, *Forum: Qualitative Social Research*, núm. 1 (2008): 1-12, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0801281>
- 57 Mercedes Blanco, “La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro”, en *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud*, coord. por Martínez Salgado (México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2010). Mercedes Blanco, “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos”, *Andamios. Revista de Investigación Social*,

académica-laboral debo decir que reconozco, siempre estuve interesada por los estudios históricos;⁵⁸ supongo ha quedado bien claro que prefiero una historia que tome en cuenta la vida cotidiana así como la dimensión subjetiva y, por supuesto, la utilización, como se ha reiterado, de cualquier tipo de archivos y documentos personales y, no cabe duda, la reivindicación de aproximaciones narrativas al estudio de fenómenos sociales.⁵⁹

Al manejar y describir en este capítulo el pequeño archivo familiar que comenzó mi abuelo hacia el final del siglo XIX, me siento totalmente identificada con una afirmación más de las multicitadas coautoras británicas: lo que hay en cualquier tipo de archivo son “[...] pistas de lo que ha sido dejado atrás, surge más profundamente lo que ha sido olvidado, nunca registrado, perdido o destruido ya sea intencionalmente o no. [...] El archivo consecuentemente ha sido conceptualizado aquí como un ensamblaje de presencias borrosas y ausencias sombrías, una matriz espacio-temporal donde se puede ingresar al pasado y también es parte del presente”.⁶⁰

núm. 19 (2012): 49-74. Mercedes Blanco, “Investigación narrativa y autoetnografía: semejanzas y diferencias”, *Revista Investigación Cualitativa*, núm. 1 (2017): 66-80, <https://ojs.revistainvestigacioncualitativa.com/index.php/tric/article/view/76/41>

- 58 Por ejemplo, mi tesis para obtener el título de Doctora en Ciencias Sociales con Especialidad en Estudios de Población, en El Colegio de México, se ocupa de buena parte del siglo XX, lo cual hace evidente mi inclinación a darle un lugar central a la temporalidad y, por ende, a lo histórico, como puede apreciarse desde el título: *Empleo Público en la Administración Central Mexicana. Evolución y Tendencias: 1920-1988*. Fue posteriormente que, por fin, decidí cursar algún tipo de formación histórica más institucional y en el 2004 me inscribí a un Diplomado en Historia del siglo XX mexicano que impartió durante casi un año la Dirección de Estudios Históricos del INAH en la Ciudad de México. Posteriormente, he asistido a una variedad de eventos relacionados con la investigación histórica, por ejemplo, en el 2018, y en función del proyecto que ya mencioné, o sea, el estudio de la emigración española a México hacia el final del siglo XIX y el inicio del XX, me fue de gran utilidad un largo ciclo de conferencias que ofreció la Academia Mexicana de la Historia (correspondiente de la Real de Madrid, A.C.), ya que se concentró específicamente en el tema de “Extranjeros en México. Una historia de la inmigración”.
- 59 Oriana Bernasconi, “Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo”, *Acta Sociológica. Enfoque biográfico y narrativa en el análisis de lo social. Sustento teórico y razones prácticas*, núm. 56 (2011): 9-36.
- 60 Moore y Salter, *The Archive Project*, 157.

Bibliografía

- Arvanitidou, Zoi y María Gasoka. “The Traditional Evolution of Style and Especially of Color of Bridal Dresses in Different Cultures during the Centuries”. *Journal of Educational and Social Research*, núm. 4 (2014): 264-269.
- Basu, Paul y Ferdinand de Jong. “Utopian archives, decolonial affordances. Introduction to special issue”. *Social Anthropology- Anthropologie Sociale*, núm. 24 (2016): 15-19.
- Bernasconi, Oriana. “Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo”. *Acta Sociológica. Enfoque biográfico y narrativa en el análisis de lo social. Sustento teórico y razones prácticas*, núm. 56 (2011): 9-36.
- Blanco, Mercedes. *Empleo público en la Administración Central Mexicana. Evolución y tendencias: 1920-1988*. México: CIESAS, 1995.
- Blanco, Mercedes. “La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro”. En *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud*, coordinado por Martínez Salgado, 18-40. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2010.
- Blanco, Mercedes. “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos”. *Andamios. Revista de Investigación Social*, núm. 19 (2012): 49-74.
- Blanco, Mercedes. “Autobiografía o autoetnografía”. *Desacatos. Revista de Antropología Social*, núm. 38 (2012): 169-178.
- Blanco, Mercedes. “Investigación narrativa y autoetnografía: semejanzas y diferencias”. *Revista Investigación Cualitativa*, núm. 1 (2017): 66-80. <https://ojs.revistainvestigacioncualitativa.com/index.php/ric/article/view/76/41>
- Colom, Christophe y Antonio Rumeu de Armas. *Libro copiadador de Cristóbal Colón: correspondencia inédita con los Reyes*

- Católicos sobre los viajes a América; estudio histórico-crítico y edición*. Madrid: Testimonio-Ministerio de Cultura, 1989.
- De Gortari Rabiela, Hira. “El empleo en la Ciudad de México a fines del siglo XIX”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 3 (1985): 37-48.
- Dorantes, Alma, Ma. Teresa Fernández, Luisa Gabayet y Julia Preciado. *Guía de la Colección Independencia y Revolución en la Memoria Ciudadana*. México: CIESAS-INAH, 2011.
- Gil Lázaro, Alicia. *Inmigración y retorno. Españoles en la Ciudad de México, 1900-1936*. Madrid: Universidad de Alcalá-Marcial Pons, 2015.
- Gómez Serrano, Jesús. *Haciendas y ranchos de Aguascalientes. Estudio regional sobre la tenencia de la tierra y el desarrollo agrícola en el siglo XIX*. Aguascalientes, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2012.
- González Esparza, Víctor Manuel. “Una hacienda zacatecana durante el porfiriato”. *Secuencia*, núm. 5 (1986): 33-61.
- Gurría, Pedro y Mercedes Lázaro. *Tener un tío en América. La emigración riojana a ultramar 1880-1936*. Logroño, España: Instituto de Estudios Riojanos, 2006.
- Haraway, Donna. “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”. *Feminist Studies*, núm. 3 (1988): 575-599.
- Heredía, Antonia, “La archivística, a debate”. *Anuario de la Escuela de Archivología III 2011-2012*, Boletín ANABAD LXII, núm. 1, enero-marzo de 2012: 1-15.
- Heredía, Antonia. “Entre la nostalgia de la tradición y el mito de la modernidad”. *Legajos*, núm. 3 (2014): 147-160. <http://www.archivos.gob.mx/Legajos/pdf/Legajos03/08Nostalgia.pdf>
- Lida, Clara. “Los españoles en el México independiente: 1821-1950. Un estado de la cuestión”. *Historia Mexicana*, núm. 2 (2006): 613-650.
- Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Madrid, España: Editorial Renacimiento, 1912.

- Moore, Niamh, Andrea Salter, Liz Stanley y María Tamboukou. *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*. London-New York: Routledge, 2017.
- Muñoz, Juan, Juan Hierro y Juan Martín. *Involución y autarquía. La economía española entre 1890 y 1914*. Madrid: Editorial Complutense, 2000.
- Pacheco, Edith y Mercedes Blanco. “En busca de la ‘metodología mixta’ entre un estudio de corte cualitativo y el seguimiento de una cohorte en una encuesta retrospectiva”. *Revista del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano (CEDDU)*, núm. 3 (2002): 485-521.
- Pacheco, Edith y Mercedes Blanco. “Work and Family: An Exercise in Mixed Methodology”. *Forum: Qualitative Social Research*, núm. 1 (2008): 1-12, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0801281>
- Pescador del Hoyo, María del Carmen. *El Archivo. Instrumentos de trabajo*. Madrid, España: Ediciones Norma, 1993.
- Plummer, Ken. *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*. España: Editorial Siglo XXI, 1989.
- Plummer, Ken. *Documents of Life 2. An Invitation to a Critical Humanism*. London: Sage Publications, 2001.
- Ponce Alcocer, María Eugenia. “La administración de tres haciendas durante la Revolución”. *Historia y Grafía*, núm. 34 (2010): 77-110.
- Salas Uribe, José Alfredo. “Espacio minero y patrimonio industrial en México: el mineral de Tlalpujahua [Michoacán]”. *Revista Labor & Engenho*, núm. 4 (2014): 5-16. https://www.researchgate.net/publication/327429697_Espacio_minero_y_patrimonio_industrial_en_Mexico_el_mineral_de_Tlalpujahua_Michoacan
- Salazar Anaya, Delia y Juan Matamala Vivanco. *Guía del Acervo Histórico de testimonios familiares*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1994.

- Salter, Andrea. "Filling the silences? Mass-Observation's wartime diaries, interpretive work and indexicality". *Life Writing*, núm. 7 (2010): 53-65.
- Salter, Andrea. "Reading time backwards? Archival research and temporal order". En *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*, coordinado por Niamh Moore, Andrea Salter, Liz Stanley y María Tamboukou, 99-125. London-New York: Routledge, 2017.
- Stanley, Liz. "The epistolarium: on theorizing letters and correspondences". *Auto-Biography*, núm. 12 (2004): 201-235.
- Stanley, Liz, Andrea Salter y Helen Dampier. "The epistolary pact, letterness and the Schreiner epistolarium". *a/b: Auto/Biography Studies*, núm. 2 (2012): 262-293.
- Stanley, Liz. "Archival methodology inside the black box. Noise in the archive". En *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*, coordinado por Niamh Moore, Andrea Salter, Liz Stanley y María Tamboukou, 33-67. London-New York: Routledge, 2017.
- Stoler, Ann Laura. "Colonial Archives and the Arts of Governance". *Archival Science*, núm. 2 (2002): 87-109.
- Stoler, Ann Laura. *Along the archival grain; Epistemic anxieties and colonial common sense*. Princeton-Oxford: Princeton University Press, 2009.
- Stoler, Ann Laura. *Duress. Imperial Durabilities In Our Times*. Durham-London: Duke University Press, 2016.
- Tamboukou, María. "Narratives from within: an Arendtian approach to life-histories and the writing of history". *Journal of Educational Administration and History*, núm. 42 (2010): 115-131.
- Tamboukou, María. "Rethinking the private hypothesis: epistolary topographies in Carrington's letters". *Emotion, Space and Society*, núm. 4. 1 (2011): 25-34.
- Tamboukou, María. "Archival research: unravelling space/time/matter entanglements and fragments". *Qualitative Research*, núm. 5 (2014): 617-633.

Tamboukou, María. *Gendering the Memory or Work. Womens' Workers Narratives*. New York: Routledge, 2016.

Tamboukou, María. "Archival rhythms. Narrativity in the archive". En *The Archive Project. Archival Research in the Social Sciences*, coordinado por Andrea Salter *et al.* London-New York: Routledge, 2017, 72.